AÑO I. MADRID, 19 DE MARZO DE 1886. NUM. 2.

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: *España*, 1 peseta; *Ultramar*, 1,25; *Portugal*, 1,50; *Otros países*. 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

EL 18 DE MARZO DE 1871

El décimoquinto aniversario de la proclamación de la *Commune* de París será celebrado por el Proletariado francés, por los trabajadores del mundo entero, no ya como un recuerdo en que el entusiasmo de la heroica lucha se mezclaba con la amargura de la derrota, sino como la más enérgica, la más valiente, la más gloriosa reivindicación del Proletariado moderno. La revolución del 18 de marzo echó los cimientos indestructibles del edificio de nuestra emancipación. Sus admirables defensores, sacrificados á millares en la hecatombe de mayo, no son tan sólo nuestros mártires, son nuestros precursores.

Quince años han transcurrido desde que el pueblo de París, provocado por el más insensato de los gobiernos burgueses, se alzó en masa al grito de ¡Viva la *Commune!* y en unas cuantas horas ahuyentó, como bandada de grajos, á todos los agentes del Gobierno provocador. Presente están en la memoria de todos las sangrientas peripecias de aquella lucha titánica entre la clase trabajadora parisiense, erigida por primera vez en poder político, y la burguesía, representada por Thiers y la Asamblea de Versalles; lucha que terminó, como era de prever, por el triunfo de los más fuertes, de los que estaban *mejor organizados*. Su historia ha sido relatada cien veces y sería ocioso repetirla aquí una vez más. Lo que sí conviene apuntar en este momento son algunas consideraciones acerca de aquel gran acontecimiento histórico, de su significación social y política y de sus inmensos resultados, que estamos tocando hoy de una manera tan palpable.

Lo propio de los partidos derrotados, de las batallas perdidas, es que se desfiguren los actos de los vencidos y se den á sus ideas y opiniones una significación contraria á la verdad. En todos tiempos, la historia de las víctimas ha sido escrita por sus verdugos, teñidas aún las manos de sangre. Así, no ha habido injuria que no se haya lanzado á la frente de los defensores de la *Commune*, muertos en su mayor parte, y los demás proscriptos ó confinados en lejanos climas. Sus opiniones fueron en un principio alteradas en sentido contrario por unos, atribuyéndoles una transcendencia y una reflexión que no tenían, y por otros—los que se proponían explotar más adelante las consecuencias de aquel movimiento—atenuándolas hasta el punto de despojarlas de toda tendencia social, dejándole solamente su *carácter político*. Para los primeros, la revolución del 18 de marzo fué una revolución comunista, que tenía por objeto cambiar la manera de ser de la sociedad presente—por desgracia esta concepción revolucionaria sólo existía en la mente de un número muy reducido de individuos de la *Commune*;—para los segundos, el movimiento inaugurado en las alturas de Montmartre fué todo lo más un movimiento *comunalista* ó *federalista*, como quiera llamársele.

Ambas interpretaciones del pensamiento, ó mejor dicho, de las tendencias de la *Commune* de París, son igualmente erróneas.

El lado débil, vulnerable, de la *Commune*, lo que la condenaba fatalmente á perecer, fué precisamente la carencia de un pensamiento verdaderamente revolucionario, de un plan de transformación económico-social, y por lo tanto de unidad de acción. La *Commune* surgió, ante todo, de un movimiento casi espontáneo, provocado, según hemos dicho más arriba, sin preparación, sin organización previa, sin bandera ni programa, desde el punto de vista social. De aquí el que, para componerla, se echase mano de elementos más ó menos heterogéneos, procedentes de las diferentes fracciones políticas que habían luchado juntas contra el gobierno imperial: muchos radicales burgueses, antiguos jacobinos, algunos prudhonianos, y pocos, muy pocos, socialistas de la escuela moderna, que habían pertenecido á la Internacional.

En cuanto á la significación autonomista ó federalista que la mayor parte de los radicales de hoy atribuyen al movimiento los manifiestos del Comité Central y de la *Commune* á los trabajadores de Francia están ahí para desmentirla. Esta interpretación absurda de un movimiento, que empezaba por afirmar sus aspiraciones humanitarias, solidarizándose, no sólo con los trabajadores franceses, sino con los de las demás naciones, procede, al mismo tiempo, de la mala fe de los radicales burgueses, que tienden á despojar la revolución de 1871 de todo carácter socialista, para seguir explotando la credulidad de sus electores obreros y de la ignorancia de ciertos hechos históricos.

Guiándose por el sentido aparente de las palabras, creen algunos que la antigua *Commune* de París, que tan importante papel representó en la revolución de 1793, debía ser un poder autónomo con aspiraciones federalistas, cuando precisamente fué todo lo contrario, es decir, el más firme sostén de la unidad y el enemigo más terrible de los girondinos, que eran los federalistas de entonces.

En resumen: la revolución del 18 de marzo de 1871 fué un acto del Proletariado parisiense, espontáneo, sin preparación y sin bandera; pero que traía en sus entrañas, de una manera latente, la herencia de los dos grandes movimientos sociales que la habían precedido: la conspiración de los «Iguales», ó conspiración de Baboeuf, y la insurrección de junio de 1848. Sus dos consecuencias capitales han sido: separar pública y ostensiblemente en dos campos las dos clases que estaban ya divididas por la lucha económica—un mar de sangre separa siempre el Proletariado de la burguesía—y estrechar los lazos que unen á los proletarios de todos los países.

Y hoy que la obra fundamental de la *Commune* se halla reconstituída de una manera inquebrantable, así en Francia como en casi todos los países de Europa y América; hoy que la separación de clases, sin la cual toda nueva revolución sería un retroceso y una matanza inútil, es un hecho, podemos celebrar el aniversario de la *Commune* de París, no ya como una catástrofe, sino como un triunfo.

EL PROGRAMA DE NUESTRO PARTIDO

II

En nuestro artículo anterior hicimos ver que la actual sociedad, la sociedad burguesa, se halla constituída por dos solas clases, cuyos intereses viven en perpetuo antagonismo, en constante guerra; en el de hoy vamos á demostrar cómo la clase burguesa es clase dominante, por hallarse en posesión de los instrumentos de trabajo—tierras, minas, ferrocarriles, buques, fábricas, capital-moneda, etc., etc.,—y cómo la clase proletaria sufre el dominio de aquéllas, es su esclava, por no disponer de más propiedad ni de más medios para poder vivir que su fuerza de trabajo.

No tenemos necesidad de ser muy extensos para lograr nuestro objeto.

Desde el momento que los obreros carecen de las materias y de los útiles necesarios para crear por sí mismos valores ó productos con cuya venta puedan adquirir recursos con que *atender á sus necesidades*, ¿á qué se ven obligados? A una de dos cosas: ó á morirse de hambre, ó á vender diariamente sus brazos, su fuerza de trabajo, á los monopolizadores de los medios de producción. Como el primer extremo está fuera de lo lógico y razonable tratándose de una clase, los obreros optan por el segundo: venden sus servicios, su actividad, á los capitalistas. Pero en cuanto esto ocurre, en el instante en que el obrero trabaja para otro, por cuenta de otro individuo, el primer paso en el camino de su dependencia está dado. La razón es bien sencilla: el burgués, el comprador de la fuerza de trabajo, ha comprado ésta por un valor inferior al que luego, puesta en acción, ha de producir esa misma fuerza. Si el obrero no la hubiera vendido así, es decir, con pérdida para el, el burgués ó capitalista no la hubiese comprado. No tiene el dinero el capitalista para cambiarle solamente, y menos todavía para darle por una cosa que no valga lo que él ha dado. Su dinero, al emplearle en fuerza de trabajo, ha de aumentarse después en un quinto, en un tercio, en la mitad, en lo que sea; pero ha de aumentarse siempre.

Efectivamente, el salario, que es la retribución de la fuerza de trabajo, por crecido que sea, por mucho que se eleve, ordinariamente no llega á pasar ni á igualar siquiera su valor con los valores que crea el obrero que lo percibe: si, por ejemplo, el salario de un trabajador es de 3, 4 ó 5 pesetas, los valores que su esfuerzo produzcan han de ser respectivamente, por lo menos, de 3 1/2, 4 1/2 y 5 1/2 pesetas; generalmente ascienden á más, llegando algunas veces á doblar el tipo del salario y aun á pasar de él. Cuando, por excepción, el salario iguala ó excede á la cantidad de productos que crea el trabajador, es porque el burgués, el comprador de la fuerza obrera, se ha equivocado en sus cálculos—cosa rarísima—ó porque una circunstancia extraña á sus propósitos ha venido á depreciar la fuerza de trabajo por él comprada: en estos casos, si el burgués no cuenta con grandes recursos, esto es, con un buen capital, suele descender del rango de explotador al de explotado; de verdugo que era, trocarse en víctima.

Así, pues, si el salario no es más que una parte del valor que produce el obrero al cabo del día, la otra parte, que va al bolsillo del capitalista, contribuye á que éste sea cada vez más poderoso, cuente con más medios de dominio ó imponga su voluntad conmás fuerza á los obreros que de él dependen. Y lo que ocurre á un capitalista ó gran industrial acontece á los demás, sin que los claros que la competencia causa en sus filas perjudique lo más mínimo á su poder, antes al contrario, concentrándose en menos manos el capital, adquiere aquél una unidad de acción superior á la que antes tenía.

En este estado las cosas, habiendo adquirido el desarrollo industrial un poderoso vuelo, sería una insigne locura que el obrero, queriendo atacar la explotación que siente y que le oprime por todas partes, piense en adquirir personalmente los instrumentos de trabajo; si los perdió ó no pudo adquirirlos al empezar el sistema del salariado, que eran relativamente menos costosos y él disponía de algunos medios, ¿cómo pensar ahora hacerse con ellos cuando su salario es más reducido y el precio de aquéllos sumamente alto? Y no ya personalmente, ni aun reunidos todos los obreros de un oficio pueden constituir capital bastante para hacerse dueños de los útiles y materias necesarias á la producción que se dediquen.

¿Qué cantidad pueden aportar los mineros para reunir los millones que valen las minas donde trabajan? ¿Cuál los trabajadores de ferrocarriles, de los buques, de los arsenales, de las fábricas, para comprar todos esos instrumentos de trabajo? Ninguna, digan lo que quieran los Moret y demás apóstoles interesados de la cooperación. Si el salario del obrero es insuficiente para satisfacer sus más apremiantes necesidades, ¿cómo es posible que saquen de él las sumas casi fabulosas que cuestan aquellos instrumentos?

Pero en general los trabajadores jamás han pensado en semejante medio para librarse de la dominación capitalista: nunca han sido tan cándidos. Lo que sí han hecho ha sido organizarse para aminorarla un poco; mas ni esto siquiera les está permitido hacer libremente á los que sólo cuentan con su fuerza vital. Como los que económicamente dominan en la presente organización social, políticamente dominan también, cuando los asalariados intentan algún movimiento para disminuir un poco la explotación de que son víctimas, los capitalistas echan mano de las leyes que se han hecho por mandato suyo é imponen duros castigos á los proletarios que se distinguen por su actividad y energía; ó si esto les parece poco, acuden á las bayonetas para que hagan volver á las fábricas ó á las minas á los que, hartos ya de padecer, abandonan esos lugares de tormento. Otras veces, sabiendo que tienen en sus manos los medios de vivir de los asalariados, castigan sus rebeldías por medio del hambre, esto es, suspendiendo los trabajos por uno ó dos meses. Esto hicieron los fabricantes de Roanne (Francia) el año 1882: para imponer un correctivo á los obreros que presentaron algunas reclamaciones á dos fabricantes, suspendieron todos sus trabajos, arrojando á la calle, privando de pan durante cuarenta días á 4.000 trabajadores.

Imposible que los proletarios puedan dar un paso en ningun sentido favorable á sus intereses sin que inmediatamente los que son sus señores, los poseedores de los medios de producción, les opongan su veto y les hagan sentir la fuerza de su poder.

Ante estos hechos y razones no cabe dudar que la posesión de los instrumentos de trabajo pone en manos de los que la ejercen la facultad de someter y esclavizar á los que carecen de ellos. Si así no fuera, ¿sería posible arrancar á los obreros jornadas de trabajo de 12 y 14 horas por 2, 3 y 4 reales, mientras que seres inútiles, pero propietarios de los instrumentos necesarios á la producción de las cosas precisas á la vida, se embolsan diariamente un beneficio de 250, 500, 1.000 y hasta 2.000 duros? De ningún modo.

Resulta, pues, que la clase burguesa, por poseer los medios de producción, es la clase dominante, y que la clase obrera, por estar desposeída de ellos, es la clase dominada.

En el número próximo veremos cómo de esta dominación se derivan todos los males de los trabajadores.

LA PRENSA BURGUESA

Y EL PARTIDO OBRERO

En los momentos en que la burguesía española ofrece en el terreno político el más pintoresco y edificante de los espectáculos, mostrando á los ojos del observador atento cuánta es la alteza de pensamiento y cuán profundo el sentido gubernamental con que los distintos partidos en que se fracciona luchan y forcejean por la posesión del presupuesto; cuando las diversas cuadrillas políticas burguesas, con ocasión de la proximidad de unas elecciones generales, recíprocamente ponen al descubierto en despiadada disección toda la podredumbre que corroe las entrañas de unas y otras, desde las más retrógradas hasta las que presumen de más avanzadas; en el

instante en que en el escenario político estamos presenciando las más ejemplares escenas de pública moralidad: —los carlistas íntegros en guerra continua con los mestizos; los conservadores ortodoxos en batalla enconada con sus *hermanos* los heterodoxos; los izquierdistas cantando epitalamios por su reciente unión con sus enemigos de ayer los romeristas; los republicanos divididos en castelaristas, zorrillistas, salmeronianos, carvajalistas, labristas, piistas, rispistas; en tantos matices, en fin, como hombres cuentan de los que á si propios se adjudican el dictado de *notables*, cuyas ambiciones hacen infructuoso todo intento de concordia;—y presidiendo esta inmensa batahola de odios y de concupiscencias, un Gobierno compuesto de heterogéneos elementos, minada su existencia por sus propios amigos, por los que aún no han disfrutado las delicias del festin; en estos momentos, decimos, la entrada del Partido Socialista Obrero en la vida activa de la propaganda oral y escrita ha sido acogida con espanto por unos, con benevolencia fingida por otros, con sorpresa real por todos.

Por esto, creemos conveniente hacer constar el distinto criterio con que la Prensa burguesa se ha ocupado de las recientes reuniones de propaganda socialista y de la aparición de nuestro número prospecto, y muy ligeramente vamos á hacernos cargo de los juicios emitidos.

Como era de suponer, los diarios conservadores han explotado ambos hechos en su favor, dando la voz de alarma para advertir á la burguesía de los peligros que su existencia corre desde el momento en que, alejados del Poder, los reaccionarios se ven privados de los medios de reprimir con férrea mano todo intento, toda manifestación encaminada á poner de relieve el problema social y á plantear su solución. Imposible encontrar en las columnas de esos periódicos algo práctico, no ya que cure, sino que atenúe los estragos del mal profundo que aqueja la sociedad actual: para ellos no hay más doctrina que la del goce perpetuo y tranquilo de los privilegiados, ni más procedimiento que el del hierro y el fuego para los que, víctimas del desequilibrio social, consagran su entusiasmo y su fe á llevar el convencimiento al ánimo de los desheredados del deber en que están de poner fin á su dependencia, dando término con su poderoso esfuerzo á la explotación burguesa.

Así, pues, no es extraño que la agitación socialista sirva de tema á dichos periódicos para lanzar furiosos ataques contra los que osan tocar los consabidos *sagrados fundamentos sociales*, y que les sirva de pretexto para las profecías más siniestras y apocalípticas si en plazo muy breve la amenazada sociedad no pone en sus robustas manos la salvaguardia de sus intereses.

Pero dejando aparte todos estos temores, muy parecidos á los del gastrónomo que ve aproximarse á su mesa una turba de hambrientos, debemos consignar, como muestra de la crasa ignorancia con que los conservadores, como todos los políticos burgueses españoles, tratan la cuestión social, que el periódico clerical *La Unión*, en un artículo titulado «Los obreros y la clase media», se ocupa del *meeting* celebrado por nuestros amigos en Barcelona, y dice que los trabajadores no tienen razón para sus quejas porque hay muchos escribientes, empleados y periodistas en peor situación que ellos. No lo ignoramos; pero ¿dónde ha oído *La Unión* á ningún socialista la división de clases que tan arbitrariamente establece? ¿Acaso no sabe que el deslinde social se reduce á dos elementos verdaderamente caracterizados, esto es, el de clase burguesa y clase proletaria, perteneciendo á la primera los que disponiendo de los medios de producción, viven á expensas del trabajo ajeno, y á la segunda los que para vivir se ven forzados á vender por un salario los productos de su actividad? Para nosotros, para todos los socialistas, un obrero es el empleado, el arquitecto, el médico, el escritor y todos los que en la esfera de la inteligencia prestan servicios útiles á la sociedad, como el que con su esfuerzo corporal da forma material á los diversos objetos destinados á la satisfacción de las necesidades de la colectividad. Y tan cierto es lo que decimos, que en los países donde el socialismo alcanza mayor desarrollo se ve confundidos en sus filas al médico y al artesano, al filósofo y al bracero.

Lo que hay es que lo que verdaderamente da vida al socialismo moderno es el desenvolvimiento industrial, la aplicación de los inventos mecánicos á la producción, y por lo tanto, el desequilibrio entre la oferta y la demanda de brazos, que arroja en el abismo de la miseria un número cada vez más crecido de obreros manuales; pero en manera alguna quiere esto decir que en la resolución del problema no estén tan bien interesados todos aquellos que no son propiamente burgueses.

Vea, pues, *La Unión* cuán erróneo es el concepto que emite acerca del juicio que nosotros los obreros manuales tenemos acerca de la condición económica de algunos de los elementos á que se refiere: sus condiciones de vida son en general tan precarias, que en realidad son las del verdadero proletario. Lo que ocurre es que muchos de esos individuos, por el hecho de sustituir la modesta blusa con la pretenciosa levita, no ya sólo se creen ultrajados equiparándolos con los que visten aquélla, sino que hasta alimentan aspiraciones burguesas y aun aristocráticas. Por algo nacieron en el país del más famoso é insensato de los hidalgos.

Como quiera que en los más opuestos campos la doctrina socialista ha producido idéntica repulsiva impresión, podemos sin escrúpulo estampar el nombre de un diario federal á seguida de el del órgano de la Unión Católica. *El Mensajero*, de Villanueva y Geltrú, que fué testigo del verdadero interés con que los obreros de aquella ciudad escucharon la exposición de la doctrina del Partido Obrero, juzgó con acierto que esto era un síntoma de próxima descomposición de las filas federales, y es claro que había de hacer blanco de sus iras á los fautores de tal catástrofe. Así, no es extraño que después de desear «buena suerte» á los obreros, y de hacer una vana invocación al fantasma de la armonía entre capitalistas y trabajadores, se duela amargamente de que nuestros amigos se mostraran, no ya sólo desatentos, sino hasta injustos en sus duros ataques á los republicanos; mas al llegar á este punto estalla su indignación y exclama de este modo: «Pero hicieron más aún. Atacaron á los federales, y eso sí que no podemos dejarlo sin la debida contestación.»

Y ¿cuál es la contestación que da *El Mensajero* á tamaño atrevimiento? Pues en vez de demostrar la sinrazón de que los obreros formen como c... un partido bastante poderoso para mejorar su condición primero, y llegar á su completa emancipación después, enumera los grandes servicios prestados por el federalismo á la causa del trabajo, citando entre ellos varios papeles mojados, como son el proyecto de Constitución aprobado por su partido en Zaragoza y la famosa ley de reglamentación del trabajo de los niños.

¿Acaso no sabemos ya por experiencia que esa ley fué dictada por el deseo de halagar á los trabajadores, en gran parte federales por aquellos tiempos, y que ni entonces ni después ha sido puesta en práctica? ¿No son hoy los obreros los que reclaman su cumplimiento, sin que tales gestiones se vean apoyadas como debiera por los que ostentan como título de gloria el de su paternidad?

Desengáñese, pues, *El Mensajero*: los trabajadores no quieren hoy ya mentidas tutelas, y en lugar de fiar la garantía de sus derechos á verlos consignados en un proyecto de Constitución federal, que nunca pasará de proyecto, creen más positivo recabarlos por su enérgico esfuerzo, constituyéndose en partido de clase.

Dijimos antes que los políticos burgueses revelan la mayor ignorancia al tratar la cuestión social, y *El Globo* y la *Gaceta Universal*, posibilista y fusionista respectivamente, han venido á confirmar que en este punto se hallan á la misma altura que los conservadores. Ambos periódicos han dedicado artículos de fondo al exámen de nuestro programa, y uno y otro incurren en grandes errores, coincidiendo también en algunas de sus apreciaciones. Contentémonos con señalarlos por no hacer interminable este artículo.

Tócale á *El Globo* echarlas de valiente enfrente de los miedosos conservadores, y afecta gran tranquilidad ante la aparición del socialismo á la vida activa. Copia la segunda parte de nuestro programa, ó sea la de los medios que considera eficaces nuestro partido para realizar su ideal, y hace abstracción de la primera y más importante, la que se refiere á la posesión del poder político por la clase trabajadora y la transformación de la propiedad individual en propiedad común de la sociedad. Con esta inocente habilidad pretende hacer creer á sus lectores que la aspiración de nuestro partido es idéntica á la de los llamados liberales, y toda su argumentación descansa en esta base falsa. Como se ve, el sistema, si brilla por la ausencia de lealtad y buena fe, indudablemente es muy cómodo, aunque cándido en sus resultados.

Afirma el diario posibilista, lo mismo que la *Gaceta Universal*, que el programa del Partido Socialista Obrero es un indudable retroceso y una completa rectificación de las doctrinas de la Internacional.» Parece imposible que periódicos que pretenden pasar por informados del movimiento social incurran en semejantes dislates, ignorando que la formación de los partidos obreros en todos los países civilizados, con una aspiración común é idéntica, no es ya sólo la continuación de la obra de la Internacional, sino su complemento más perfecto. Para demostrarlo basta con decir que mientras aquella tan famosa Asociación declaró sólo propiedad social el suelo y el subsuelo, los partidos obreros han hecho extensiva tal declaración á todos los instrumentos de trabajo. Si esto es retroceso, venga Castelar y véalo, que entiende de estos asuntos tanto como su órgano en la Prensa.

Convienen ambos periódicos en que hoy «el espectro rojo, visto de cerca, ha llegado á ser punto menos que inofensivo», y hasta nos concede el diario fusionista buen sentido y califica nuestro número prospecto de «poco expresivo». Para hacer tales asertos se necesita estimar más ó menos grave el fondo de una afirmación según sea la forma en que se la exponga, prescindiendo de todo análisis. La afirmación socialista es hoy más profunda y concreta que hace veinte años, y si el lenguaje declamatorio y altisonante de otros tiempos ha sustituido el de la sencillez, apreciarse debe como una conquista por los que no valoran la razón de una causa por el estruendo con que es defendida.

Para terminar, consignaremos que *El Día*, ocupándose del *meeting* de Barcelona, copia algunas de las afirmaciones más graves hechas por nuestros amigos, y lejos de refutarlas, dice que el por medio que puede oponerse á la revelación de tales males es el de la represión; y *El Progreso*, órgano, por ahora, del zorrillismo, se afana inútilmente en reconquistar para su partido la perdida popularidad, reconociendo la urgencia de acometer algunas reformas sociales.

En resumen: la reciente propaganda socialista y la aparición de nuestro modesto semanario, coincidiendo con la agitación obrera de ambos mundos, hace vislumbrar á la Prensa burguesa el peligro inminente de que quizá dentro de poco la clase trabajadora española sea un elemento incontrastable bajo la bandera de nuestro Partido; pero como al propio tiempo la burguesía de nuestro país se distingue por su incapacidad para el gobierno, gastando todas sus fuerzas en los pugilatos de miserias que entre sí sostiene, apenas si dedica algunos instantes á lo que á su existencia interesa, de lo cual los trabajadores podrán aprovecharse para recorrer rápidamente las etapas de su obra emancipadora.

Rogamos á las personas que nos han escrito ofreciéndonos algunos trabajos para darles publicidad en EL SOCIALISTA, tengan á bien pasarse por nuestra Redacción cualquier día no festivo, de ocho á diez de la noche, á fin de manifestarles por completo nuestro pensamiento.

De todos modos, les damos las gracias por sus buenos propósitos.

LOS DIPUTADOS OBREROS

INGLESES Y FRANCESES.

El 24 de febrero tuvo lugar en Londres un gran banquete ofrecido por la *Labour Representation Union* á los diputados obreros de la Cámara de los Comunes.

Los diputados obreros de la Cámara francesa han dirigido á sus colegas el siguiente despacho telegráfico:

«*París, 24 de febrero de 1886.*

»Los diputados obreros socialistas del Parlamento francés envian á sus colegas de la Cámara de los Comunes un saludo fraternal y les proponen la adopción de las resoluciones siguientes:

»Considerando que en tanto se realiza la transformación de la sociedad sobre bases más justas é igualitarias hay ciertas reformas que son urgentes,

»Proponen:

»1.° Emprender simultáneamente un movimiento en favor de una legislación internacional del trabajo, que abrace los puntos siguientes:

»*a*) Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años.

»*b*). Limitación del trabajo de las mujeres y de los menores de veintiún años.

»*c*). Medidas de higiene, de salubridad y seguridad en los talleres, con el fin de proteger la salud, el desarrollo físico y moral y la vida de los trabajadores.

»*d*). Protección y seguro contra los accidentes.

»*e*). Fijación para los adultos de una jornada normal de trabajo, cuyo límite máximo no deberá exceder de ocho horas.

»*f*). Fijación de un día de descanso á la semana.

»*g*). Institución de una oficina de estadística internacional y obrera, encargada de estudiar y proponer los medios de extender la legislación internacional del trabajo.

»2.° Celebrar un Congreso internacional en septiembre próximo, á cuyo Congreso serán convocados todos los representantes obreros de Europa y América, con el fin de emancipar los trabajadores de todos los países.

Basly.—Camélinat.—Boyer.—Clovis Hugues.—Planteau.—Brialou.—Prudhon.—Gilly.»

El Comité madrileño de nuestro Partido ha dirigido al Socialista Obrero Francés la siguiente comunicación, con motivo del décimoquinto aniversario de la proclamación de la *Commune*:

«PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL

COMITÉ DE MADRID.

A la Aglomeración parisiense del Partido Socialista Obrero Francés.

Queridos correligionarios:

Sucédense los años desde aquel memorable en que los trabajadores parisienses constituyeron el primer Poder político que la historia de las reivindicaciones obreras registra en sus páginas. Si pudo ser destruido por la burguesía y sus secuaces, anegando en sangre aquel primer ensayo que trazaba el camino de la emancipación del Proletariado, no así los frutos de la semilla esparcida por los precursores del 71.

Desde entonces las doctrinas del socialismo revolucionario han adquirido la fijeza necesaria para asentar sobre indestructibles bases un programa positivo aplicado á la organización social del porvenir, y ha desechado ideas que le eran ajenas y aun contrarias, recogidas como impedimenta enojosa entre las lucubraciones de los sabios de la burguesía. Y si en el sentido intelectual tal progreso se nota, en la agrupación material de las masas proletarias las ventajas obtenidas son inmensas: ya no se cuentan los socialistas esparcidos en pequeños grupos por los países donde primeramente aquellas doctrinas hicieran su asiento; forman hoy sus fuerzas larguísima cadena extendida por toda la tierra que se llama civilizada, entre cuyos eslabones de resistente acero se sienten ahogar los disfrutadores del privilegio capitalista, previendo la destrucción del que creían su inexpugnable poder.

Así, al congregaros para conmemorar el hecho histórico iniciado en 18 de marzo de 1871 y terminado en aquella semana inolvidable en que las gotas de sangre arrancadas vilmente á los cuerpos de los proletarios salpican todavía á la abyecta clase combatida por vosotros, contad con que las fuerzas del socialismo español asocian sus votos á los vuestros para que en breve plazo la gloria de los vencidos en aquella fecha se confunda con la satisfacción de los vencedores que sepulten á la actual sociedad en los abismos del desprecio y del olvido.

El Partido Socialista Obrero Español auxiliará, en lo que sus fuerzas le permitan, esa gran aspiración que une á los proletarios de todos los países.

¡Viva la emancipación de los trabajadores!

¡Viva el Partido Obrero Francés!

Por el Comité, *Juan Gómez Crespo*.

Madrid, 16 de marzo de 1886.»

Los sucesos de Londres y Decazeville, coincidiendo con la propaganda socialista hecha por nuestro Partido, parece haber llamado la atención de la burguesía española, sorda hasta aquí á las lamentaciones obreras y ciega ante la situación misérrima de los trabajadores. Así se desprende de las siguientes líneas, que tomamos de un periódico burgués:

«Si en los primeros momentos pudo haber dudas, á estas horas es evidente que los desórdenes de Londres y de Leicester no son meros acontecimientos casuales, y que la Gran Bretaña, á pesar de su robusta complexión, está hondamente atacada por el cáncer socialista.

En los países posesores de libertad, la agitación obrera se manifiesta con estrépito en pleno día; allá donde la acción re-

presiva de las leyes comprime toda expansión popular, el socialismo prepara tenebrosos trabajos de zapa.

No obstante lo característico de su propaganda, es la completa similitud en sus reivindicaciones.

Los medios de acción pueden discrepar, según la latitud, el temperamento ó la legislación nacional; pero el objetivo es en todas partes el mismo.

La subordinación del *capital* al *trabajo.*

La indolencia en que hasta aquí ha vivido la clase obrera la ha sustraído á la mortal inquietud que debiera inspirarle su precaria situación; pero apercibida un día y otro por las terribles crisis que ha atravesado, y hoy más que nunca atraviesa, protesta enérgica y tumultuariamente ya contra la sociedad afortunada y directora hoy de sus destinos, haciéndola responsable de la irremediable miseria y abandono en que gime el Proletariado, *mayoría de las naciones.*»

El autor de las anteriores líneas declara que tal situación sólo puede aliviarse con reformas sociales. Así es: sólo que esas reformas, á que nosotros aspiramos para llegar por medio de ellas á la curación radical de semejantes males, no vendrán ínterin la clase asalariada no las reclame enérgicamente y no sean apoyadas por miles de proletarios organizados para la acción política.

Entonces y sólo entonces podremos lograr que, entre otras reformas, se establezcan la jornada legal de ocho horas de trabajo y un mínimum de salario; cosas ambas que harán menos sensibles las crisis económicas.

En tanto no pueda hacerse esto, los burgueses, aparentando cuidarse de nosotros, crearán tiendas-asilos con que hacer competencia á los figones, abrirán obras públicas donde colocar cuatro docenas de trabajadores y... se quedarán tan descansados.

Leemos en nuestro querido colega *El Obrero:*

«Abusos y arbitrariedades se presentan á cada momento, pero como la que se nos denunció días pasados entran pocas en libra. Veamos:

El encargado de una fábrica de sedería, ejerciendo de inquisidor, tuvo á bien suspender por unos días el trabajo á un joven de 18 ó 20 años.

¿Qué delito cometió? dirán nuestros lectores. Uno muy grave. Abusar de la libertad que dicho encargado debe conceder á los súbditos en uso de su autonomía.

Cometió el *horrible* delito de asistir al *meeting* socialista y contar las impresiones que le produjo el acto á los compañeros de trabajo. Visto lo cual por dicho autónomo encargado, le dijo que podía pasearse hasta ver si se celebraba otro para que pudiera contar lo de los dos. El suspendido se presentó al dueño, pero éste le manifestó que respetaba lo hecho por el mayordomo, quedando, por tanto, suspenso aquel trabajador.

Por hoy no decimos más, esperando nuevos datos y hasta ver si la suspensión se convierte en despedida, en cuyo caso daremos á conocer el nombre del encargado, de procedencia anarquista, así como el de los fabricantes, bastante conocidos.

Apreciad bien, obreros, la libertad que nos dejan disfrutar nuestros explotadores y sus ayudantes.»

¿Nos quieren decir los periódicos republicanos, cualquiera que sea su matiz, cómo se impedirán abusos cual el que se relata en las anteriores líneas cuando la señora de sus pensamientos llegue á ser una realidad en nuestro país? Tenemos curiosidad por saberlo.

Ni el diario *La República* ni sus correligionarios los federales de Madrid han conmemorado en este año el aniversario de la *Commune.*

¿A qué obedece este cambio de la conducta observada en años anteriores? ¿Será que se han convencido de que son inútiles sus esfuerzos para atraerse fuerzas trabajadoras, y de que deben procurar ya no prestar sospecha alguna á los intereses burgueses?

LA COMMUNE

Teniendo intención de dar á conocer el notable documento que acerca de la *Commune* de París publicó á raíz de la caída de ésta el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, escogemos este momento, en que conmemoramos la fecha inolvidable del 18 de marzo de 1871, para empezar á publicarle. Este escrito, redactado por Carlos Marx, marca el verdadero carácter de la *Commune* de París y pone de relieve las *altas condiciones* de valor, moralidad y energía que adornaban á los directores de la burguesía francesa. Las repugnantes figuras de Thiers, Favre, Picard hermanos, Trochú y comparsa están trazadas de mano maestra. Vese en ellas, en efecto, á los dignos servidores de una clase abyecta é infame que vive y derrocha á costa de la miseria y el hambre de los que trabajan y producen.

Por más que es fácil que algunos de nuestros abonados conozcan este importante escrito, tenemos la seguridad de que han de leerlo de nuevo con gusto. Dice así:

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

I

El 4 de septiembre de 1870, cuando lo trabajadores de París proclamaron la República, que fué casi instantáneamente aclamada en toda la Francia, sin que se levantara una sola voz en contra, una cáfila de abogados ambiciosos, con Thiers como hombre de Estado y Trochú por general, se apoderó del Poder en el Hôtel de-Ville. Entonces esos hombres estaban tan imbuidos en la fanática creencia de que París ha representado la Francia en todas las épocas críticas de su historia, que, para legitimar el usurpado título de gobernadores de la Francia, no creyeron deber hacer otra cosa que presentar sus mandatos de diputados de París. En nuestro segundo manifiesto sobre la última guerra, publicado cinco días después del encumbramiento de esos hombres, ya os dijimos qué clase de hombres eran. Si en medio del estupor de la sorpresa, cuando los verdaderos representantes de la clase trabajadora gemían aún en las prisiones de Bonaparte y los prusianos marchaban ya sobre la capital, París consintió en que aquellos hombres asumieran en sus manos el Poder, fué con la expresa condición de que su misión fuera única y exclusivamente organizar y llevar á cabo la defensa nacional. París, sin embargo, no podía defenderse sin armar á sus obreros, sin transformarlos en una fuerza real y efectiva, disciplinándolos por medio de la misma guerra. Pero París armado era la revolución armada; una victoria de París sobre los invasores prusianos hubiera sido una victoria de la Francia trabajadora sobre la Francia capitalista y los parásitos del Estado. En este conflicto, entre sus deberes para con la nación y los intereses de su clase, el Gobierno de la Defensa Nacional no vaciló un momento en convertirse en Gobierno de la Defección Nacional.

El primer paso que dieron fué el de mandar á monsieur Thiers á todas las cortes de Europa para solicitar su mediación en favor de la paz, ofreciéndolas en cambio reemplazar la República con un rey. Después de cuatro meses de sitio, cuando conocieron que había llegado el momento oportuno de empezar á hablar de capitulación, Trochú, en presencia de Julio Favre y algunos otros de sus colegas, dirigióse en estos términos á la reunión de los alcaldes de París:

«—La primera pregunta que me hicieron mis colegas, en la misma noche del 4 de septiembre, fué ésta: —¿Puede París con algunas probabilidades de éxito resistir un sitio del ejército prusiano?—No vacilé un momento en contestar negativamente. Algunos de mis colegas aquí presentes estuvieron en un todo conformes con mi parecer. Yo lo expuse en estos términos:—Dado el estado de cosas, querer que París resistiera un sitio del ejército prusiano, sería una locura. Sin duda, añadí, sería una locura heroica; pero nada más... Los sucesos (que él mismo preparó) no desmintieron mi previsión.»

Este taimado discurso de Trochú fué más tarde publicado por M. Corbon, uno de los alcaldes presentes.

Así pues, en la misma noche en que se proclamó la República, el plan de Trochú, ó sea la capitulación de París, era conocido de sus colegas. Si la defensa nacional hubiera sido otra cosa que un pretexto para constituir el Gobierno personal de Thiers, Favre y compañía, los usurpadores del 4 de septiembre hubieran abdicado al día siguiente, hubieran puesto en conocimiento del pueblo de París el *plan* de Trochú y le hubieran invitado á rendirse de una vez ó á tomar su suerte en sus propias manos. En lugar de obrar así, aquellos infames impostores resolvieron curar la heroica locura de París sometiéndolo al régimen del hambre y de los porrazos, engañándolo al mismo tiempo por medio de furiosos manifiestos en los que Trochú decía que *el gobernador de París nunca capitularía*, y Julio Favre, ministro de Estado, *que no cedería ni una pulgada del territorio, ni una piedra de las fortalezas de la Francia.*

El mismo Julio Favre, en una carta á Gambetta, confiesa que no es de los prusianos, sino de los obreros de París de quienes se están defendiendo. Durante todo el sitio, los degolladores bonapartistas, á quienes Trochú había discretamente confiado el mando del ejército de París, cambiaron, en su correspondencia íntima, indecentes retruécanos, burlándose de la *bien organizada* defensa de la capital. (Véase como muestra la correspondencia de Alfonso Simón Guiod, comandante supremo de la artillería del ejército de la defensa de París y gran cruz de la Legión de Honor, con Suzanne, general de división de artillería, correspondencia publicada por el *Journal Officiel de la Commune.*)

El 28 de enero de 1871 el Gobierno por fin arrojó la máscara de la defensa, y con todo el heroísmo que se necesita para confesar su propio envilecimiento, se presentó en su capitulación como Gobierno de Francia prisionero de Bismarck, acto tan vil y bajo, que el mismo Luis Bonaparte había rehusado someterse á él en Sedán.

Cuando los sucesos del 18 de marzo, los capitulados, en su atropellada fuga á Versalles, dejaron en poder del pueblo de París los documentos fehacientes de su traición. Para destruir estos documentos, como dice la *Commune* en su manifiesto á las provincias, *aquellos hombres no han vacilado en convertir á París en un montón de ruinas cubiertas por un mar de sangre.*

Algunos de los principales miembros del Gobierno de la Defensa tenían por otra parte no pocos motivos particulares para inclinarse ardientemente á tomar esta extrema resolución.

Poco después de firmado el armisticio, M. Millière, uno de los representantes de París en la Asamblea Nacional, y hoy fusilado de orden expresa de Julio Favre, publicó varios documentos auténticos y legalizados, probando que Julio Favre, viviendo en concubinato con la esposa de un gran bebedor residente en Argelia, había intentado, valiéndose de una serie de falsificaciones esparcidas desde largo tiempo, apoderarse, en nombre de los hijos de su adulterio, de una gran fortuna que le hubiera hecho rico; pero que los legítimos herederos entablaron contra él un pleito, deshonrosísimo para Julio Favre, pleito cuya publicidad pudo sólo evitar por condescendencia de los tribunales bonapartistas.

Como estos documentos no podían citarse como un modelo de retórica, Julio Favre guardó silencio por primera vez en su vida, y siguió preparando tranquilamente la explosión de la guerra civil, para poder denunciar entonces al pueblo de París como una horda de escapados de presidio, en abierta rebelión contra la familia, el orden, la religión y la propiedad.

Cuando este falsificador entró en el Poder el 4 de septiembre, sin duda por simpatía, puso en libertad, y devolvió á la sociedad, á Pic y á Taillefer, criminales convictos igualmente de delito de falsificación en tiempo del Imperio, en el escandaloso asunto del *Etendard.* Habiéndose atrevido uno de estos hombres, Taillefer, á regresar á París durante el Gobierno de la *Commune*, fué encarcelado de nuevo, y entonces era precisamente cuando Julio Favre exclamaba, desde la tribuna de la Asamblea Nacional, que París estaba en poder de presidiarios.

Ernesto Picard, el Joe Miller del Gobierno de la Defensa Nacional, ese hombre que se dió á sí mismo el dictado de ministro genuino de la República después de haber intentado en vano ser el ministro genuino del Imperio, es hermano de Arturo Picard, expulsado de la Bolsa de París por quiebra fraudulenta (véase el informe del prefecto de policía de 13 de julio de 1867) y convicto, por confesión propia, de un robo de 300.000 francos á la *Société Générale*, establecida calle de Palestro, número 5, de una de cuyas dependencias era director (véase el informe del prefecto de policía de 11 de diciembre de 1868). Ernesto Picard hizo de este Arturo Picard el editor de su periódico el *Electeur Libre.* Mientras las mentiras oficiales del periódico de este ministro genuino engañaban á los agiotistas, Arturo iba y venía desde el Ministerio á la Bolsa, refiriendo en todas partes las derrotas del ejército francés. Toda la correspondencia financiera de este ilustre par de hermanos cayó en poder de la *Commune.*

Julio Ferry, que antes del 4 de septiembre era un pobre abogado, como alcalde de París durante el sitio, se arregló de manera que supo sacar una fortuna del hambre del pueblo. El día que tenga que dar cuenta de su mala administración, aquel será el día de su condena.

Estos hombres, pues, sólo podían encontrar su salvación en las ruinas de París; estos eran precisamente los hombres que Bismarck necesitaba. Thiers, que conocía el secreto del Gobierno, por medio de algunos escamoteos, se puso entonces á su cabeza, tomando como ministros aquellos hombres salvados por él.

Thiers, ese espíritu del mal, ha seducido por espacio de medio siglo á la burguesía, á causa de ser la más perfecta representación de la corrupción de su propia clase. Antes de ser hombre de Estado había ya probado sus mentidas dotes como historiador. La crónica de su vida pública es la crónica de las desventuras de Francia. Unido, antes de 1830, á los republicanos, faltó á su compromiso en tiempo de Luis Felipe, delatando ó haciendo traición á su protector Lafitte, congraciándose con el rey, excitando las desenfrenadas turbas contra el clero, cuando la iglesia de San Germán l'Auxerrois y el palacio del arzobispo fueron saqueados, y obrando como ministro-espía y carcelero-comadrón de la duquesa de Berri. El asesinato de los republicanos en la calle Transnonain y las infames leyes de septiembre que le siguieron contra la prensa y el derecho de reunión, fueron su obra. Nombrado de nuevo jefe del Gabinete en marzo de 1840, asombró á la Francia con su proyecto de las fortificaciones de París. Cuando los republicanos denunciaron este plan como un siniestro complot contra la libertad de París, les contestó desde la tribuna de la Cámara de los diputados:

«—¡Y qué! ¡Se cree que algunas obras de fortificación pueden poner nunca en peligro la libertad! Calumnia á todos los Gobiernos venideros aquel que suponga que puede llegar un día en que uno de ellos bombardeara la capital para conservarse en el Poder..... el Gobierno que esto hiciera sería cien veces más insostenible después que antes de la victoria.»

A la verdad, el Gobierno no ha tratado de bombardear París desde los fuertes, pero ha entregado previsoramente estos fuertes á los prusianos.

(*Continuará.*)

CARTA DE FRANCIA

París, 16 de marzo de 1886.

Dos noticias importantes le adelantaba en mi carta anterior: la resolución del Consejo Municipal de París, concediendo un subsidio de 10.000 francos á los mineros de Decazeville, y el llamamiento de los diputados obreros á todos los Ayuntamientos de Francia para que imiten el ejemplo del de París.

Como la mayoría de este último se compone de radicales burgueses, enemigos declarados de toda reforma verdaderamente social, nuestros amigos del Municipio parisiense, que deseaban á todo trance alcanzar el subsidio, revistieron su proposición de una forma vagamente humanitaria: en vez de solicitar los 10.000 francos á favor de los huelguistas de Decazeville, pidieron al Consejo que votase aquella cantidad para «socorrer las familias de Decazeville *que padecen á causa de la paralización del trabajo*». En esta forma, los radicales, «amigos del trabajador» y caritativos por conveniencia, no podían rechazar la proposición de Vaillant, Joffrin y Chabert, y en efecto, la votaron, sin perjuicio de arrepentirse al día siguiente, como algunos de ellos lo declararon en los periódicos.

Pero lo más original del caso es que el prefecto del Sena, que representa en la Asamblea Municipal el poder ejecutivo, creyendo, ó aparentando creer, que cumplía la voluntad del Consejo, envió la cantidad votada, no al Comité de la huelga, legalmente constituido, sino al alcalde de Decazeville, «como presidente de la Comisión de Beneficencia» de aquel Municipio, «para que la distribuyese á los pobres de la población». De este modo, la votación del Consejo Municipal de París, que había dado lugar á tantos comentarios, perdía completamente toda su significación social, y los mineros en lucha con sus opresores capitalistas sólo recibirían del socorro votado las migajas que pluguiese á la autoridad de Decazeville. Hay que convenir en que la burguesía francesa cuenta con armas de variados géneros para combatir á los siervos del capital, y que nuestros famosos compatriotas Ignacio de Loyola, Escobar y compañía tienen aquí discípulos aprovechados.

A la hora ésta, y á pesar de un voto de censura—algo vago—del Consejo Municipal contra el prefecto del Sena, los asendereados 10.000 francos están todavía en la gaveta del alcalde de Decazeville, que aguarda sin duda la terminación de la huelga.

Esta, sin embargo, no lleva trazas de terminar tan pronto como lo desearían los seides de Rotschild y consortes; los mineros se muestran enérgicos y decididos, á pesar de la presión violenta ó jesuítica que se ejerce constantemente sobre ellos, no obstante la persecución judicial que devora todos los días algún combatiente, y de los más inteligentes y activos: ejemplo: el delegado minero Soubrié, que ha sido condenado á *cuatro meses* de prisión por haber pronunciado en una reunión pública una frase insignificante, denunciada y agravada por un espía; sentencia, nó sólo injusta, sino ilegal, como lo ha demostrado en la Prensa nuestro amigo Julio Guesde, que repite diariamente la misma frase y que pide en vano á los tribunales que le juzguen, y como lo probó ayer en la ribuna de la Cámara el diputado Laguerre, sin que nadie osara contradecirle.

Por lo demás, los mineros de Decazeville se ven calurosamente sostenidos en su valiente campaña. Los socorros en dinero y en especie afluyen de todas partes. Varios Municipios han contestado ya al llamamiento de los diputados obreros socialistas: Lyon, Beziers, Tolon, Troyes y otros han enviado subsidios que varían entre 5.000 y 400 francos. Algunos periódicos de Paris y un gran número de los de departamentos han abierto suscripciones á favor de los huelguistas del Aveyrón. La del *Cri du Peuple* ascendía ayer á catorce mil y pico de francos. Nunca se había visto en Francia una huelga disponiendo de tan poderosos recursos materiales y morales.—El diputado obrero Basly continúa en Decazeville ayudando á sus compañeros los huelguistas con los consejos de su larga experiencia en este género de combates, lo cual, excusado es decirlo, no es del agrado de los políticos burgueses, que lo acusan de faltar á sus deberes parlamentarios, de fomentar la huelga y otros horrores parecidos.

* * *

Como en mi anterior le había anunciado, la interpelación de Camélinat fué discutida el jueves último 11. Después de haber expuesto la triste situación de los mineros de Decazeville, los abusos y las provocaciones de la Compañía y el estado de próxima ruina en que se encuentran la mayor parte de los pozos, donde el fuego está haciendo todos los días estragos considerables, el diputado obrero presentó la siguiente orden del día:

«La Cámara invita al Gobierno:—1.° A usar de los derechos que le confiere la ley, á fin de no dejar por más tiempo en peligro la conservación de la mina, concedida condicionalmente á la Sociedad de las Minas y Fundiciones del Aveyrón, cuya concesión ha lugar á anularse;—2.° A entenderse inmediatamente con los obreros mineros asociados para la explotación de las minas, transformada en propiedad nacional;—Y pasa á la orden del día.

Camélinat.—Boyer.—Planteau.—Clovis Hugues.—G. Laguerre.—Maillar.—Michelin.—Prudhon.—Brialou.—Daumas.»

Aplazada la discusión hasta el sábado 13, la anterior orden del día fué rechazada por un gran número de votos, siendo igualmente rechazadas hasta *diez*, presentadas por diferentes fracciones de la Asamblea.

Hoy continuará la discusión, ó mejor dicho, la Cámara tratará de salir del inexplicable laberinto en que se ha metido por falta de ideas y de conocimiento de las cuestiones de trabajo.

En mi próxima daré cuenta del manifiesto que la minoría socialista obrera del Parlamento ha dirigido al país.

* * *

La orden del día de Camélinat la votaron 39 diputados de la extrema izquierda; los demás se abstuvieron, excepto ocho que votaron en contra. Más de la mitad de los diputados presentes se abstuvieron en esta votación. No vaya á creerse que los 39 votantes de la orden del día de Camélinat se han convertido repentinamente al socialismo; nada de eso. Si se exceptúan los *siete* que constituyen hoy la minoría socialista obrera, los 32 restantes son radicales burgueses que se han mostrado desde un principio hostiles á la actitud de nuestros amigos; pero que no se atreven á romper abiertamente con los obreros, sus electores, en una cuestión que interesa vivamente á la clase obrera en general y á los mineros en particular. Nótese que la mayor parte de los votantes de la orden del día en cuestión son diputados por los *distritos mineros*.

La fracción socialista obrera de la Cámara la forman, además de los tres únicos diputados que sostuvieron con sus discursos y sus votos la primera interpelación de Basly, Brialou, Planteau y Prudhon, tres diputados obreros que habían marchado hasta ahora á remolque de los radicales, y que se han decidido á alistarse bajo la bandera del Partido Socialista Obrero, enarbolada tan valerosamente por el minero Basly. Estos siete diputados firman el manifiesto de que he hablado más arriba, y del cual me ocuparé extensamente en mi próxima carta.—M.

MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA.

La manifestación pidiendo trabajo, llevada á cabo, según anunciamos en nuestro número anterior, por los obreros de Villanueva y Geltrú, ha dado algún resultado.

El Ayuntamiento, ya de sus fondos, ya de los que piensa obtener de los particulares, ha acordado entregar semanalmente á las Clases de Vapor, para que atienda á sus parados, la cantidad de 1.291 pesetas. Un auxilio proporcionalmente igual se dará á las otras Sociedades y á los individuos que, careciendo su oficio de organización, se encuentren sin trabajo.

Sin negar que sea preferible contar con algún recurso á carecer totalmente de ellos, causa irritación y subleva el ánimo ver á los productores de la riqueza social estar á dieta unos, y otros poco menos, en tanto que los parásitos de todas clases gozan y consumen cuanto les viene en capricho.

Falta hace que los obreros se fijen bien en este absurdo, lógica consecuencia del modo como hoy se crea y se reparte la riqueza, y adquieran el propósito de trabajar por extinguir las causas que producen semejante efecto.

INGLATERRA.

Siguen celebrándose *meetings* socialistas y exponiéndose en ellos, al par que los hechos que engendran la terrible miseria que sufre la clase trabajadora, los medios con que hoy puede atenuarse y las medidas que es forzoso tomar para que desaparezca por completo.

La actividad de los propagandistas del socialismo es portentosa, no desperdiciando momento ni ocasión para hacer penetrar en los cerebros proletarios las ideas de que la burguesía debe ser expropiada de cuanto tiene en sus manos, por no ser suyo, por haberlo robado á los trabajadores, y de que esta expropiación ha de hacerse necesariamente por medio del poder político, que hay que arrebatarle en primer término.

Y estas ideas subversivas, estas doctrinas peligrosas —según calificación de los burgueses—se abren paso y prosperan cada vez más, porque el desarrollo industrial que existe en Inglaterra le sirve de poderosa ayuda. Allí grandes capitales, allí la producción obtenida por los artefactos mecánicos más perfectos, allí toda clase de facilidades al comercio, y sin embargo de todo esto, la miseria en auge, miles de brazos de más y 575.000 obreros lanzados á la emigración en el corto espacio de dos años.

El despertar del movimiento político obrero inglés ha sorprendido y preocupado á los burgueses de casi todos los países; no sabemos qué les pasará el día que ese movimiento, perfectamente organizado, muestre de lo que es capaz.

Seguramente ha llegado la hora de los sustos y las tribulaciones para la clase capitalista. ¡Cuántas malas digestiones!...

ALEMANIA.

A la petición de Bismarck al Parlamento alemán de que se prorrogue la ley contra los socialistas de este país, contestan éstos afirmando, no sólo sus ideas, sino su fuerza. Veinticuatro diputados contaban ya nuestras ideas en la Cámara alemana; desde el 2 de este mes contarán con uno más, serán 25. La 19.ª circunscripción de Sajonia es la que ha elegido al nuevo campeón, el cigarrero Geyer, que ha luchado contra un grande propietario.

A pesar de haber apoyado á éste todos los partidos burgueses—conservadores, liberales, progresistas y demócratas,—haber echado mano á la falsedad, diciendo que Geyer era extranjero; no obstante haberse apoderado la policía de gran número de candidaturas, carteles y manifiestos del candidato socialista, Geyer obtuvo 8.540 votos contra su poderoso contrincante, que alcanzó solamente 7.400, es decir, 1.140 menos que él.

Como se ve, el partido socialista alemán aumenta constantemente sus fuerzas, sin que sirvan á detenerle en su marcha progresiva las persecuciones de que Bismarck le ha hecho objeto.

Nuestra más entusiasta enhorabuena por su nuevo triunfo á nuestros hermanos de Alemania.

BÉLGICA.

La Federación bruselesa del Partido Obrero Belga ha acordado felicitar al diputado socialista Basly por haber defendido enérgicamente en la Cámara francesa los derechos de los obreros mineros y haber reclamado remedios para los males que sufren los desgraciados trabajadores de las minas.

MOVIMIENTO ECONOMICO

ESPAÑA.

Ripoll.—Ha terminado la huelga que en la fábrica de la Viuda de Nicolau y Comes sostenían los obreros de las Tres clases de vapor reclamando mejora de precios y disminución de la jornada de trabajo. El número de horas que antes de la huelga trabajaban era de 14 y 15: ¡una friolera!

Esparraguera.—El paro que desde hace tiempo sostienen los obreros de la fábrica de los Sres. Sedó y Compañía (antes de Puig y Llagostera) continúa aún. La causa de esta huelga está en haber pretendido los fabricantes disminuir el precio de la mano de obra y aumentar la cantidad de trabajo.

Torelló.—Nos participan de esta localidad que la explotación en ella alcanza límites extraordinarios, viéndose en las fábricas niños de diez y doce años desempeñar un trabajo duro y mortífero. También nos manifiestan que se deja sentir en alto grado la influencia de ciertos parásitos que, en nombre de Dios, recomiendan sumisión y paciencia á los expoliados obreros.

Contra estos males no hay más remedio que el acuerdo y unión de los asalariados, tanto para combatir en el taller las demasías de los patronos ó fabricantes, como para conseguir por medio de la acción política obrera destruir sus privilegios y barrer de paso á sus auxiliares de hábito negro.

Si la clase trabajadora estuviera unida, podría exigir al Poder que niños de diez ó doce años no pisaran la fábrica ó el taller, con lo cual ganarían ellos y el salario de los trabajadores; pero como tal unión no existe todavía, poco importa que haya una ley que prohiba trabajar á los menores de trece años: los encargados de cumplirla son representantes de la burguesía, y como tales, su atención debe recaer sobre los asuntos y cuestiones que favorezcan á ésta, no fijarse en una ley cuyo cumplimiento puede disminuir en algo las ganancias de los explotadores.

Barcelona.—Las Secciones de Obreros de estampados de Barcelona, Tintoreros de ídem, Tintoreros de Sans, Tintoreros de San Martín de Provensals, Pintadores á la mano de Barcelona, Aprestadores en lana de San Martín de Provensals, Cilindradores y Aprestadores de Barcelona, acaban de establecer un pacto de solidaridad entre todas ellas para sostenerse y ayudarse en cuantas batallas tengan que reñir con sus patronos.

Han hecho bien los compañeros que forman las Secciones citadas: para pelear hoy en condiciones de éxito con los detentadores de los medios de producción es necesario grandes recursos, muchas fuerzas, y esto solamente puede hallarse en la constitución de grandes agrupaciones obreras que, inspiradas por una idea común—atajar la creciente explotación capitalista—cuenten en su seno la totalidad, ó siquiera la inmensa mayoría, de los individuos que compongan las profesiones asociadas.

Yendo por este camino, dando pasos seguros en el terren societario, nos iremos acercando á la constitución de un solo organismo, de una agrupación formidable de todos los oficios, que haga sentir su extraordinario poder á los que sólo piensan en arrancar al obrero la mayor cantidad de trabajo.

Valencia.—La Sociedad Tipográfica de esta población—una de las once Secciones que constituyen en la actualidad la Federación Tipográfica Española—adquiere de día en día mayores fuerzas. Según su último *Boletín*, recientemente publicado, el espíritu societario de los tipógrafos valencianos no puede ser mejor. Las duras pruebas por que ha pasado esta Sociedad, en vez de desanimar á sus individuos, ha fortificado la convicción que tenían de que sólo por la unión es posible hacer efectivo su mejoramiento.

ESTADOS UNIDOS.

En uno de nuestros próximos números daremos á conocer extensamente el importante movimiento obrero que existe en este país, regido por una forma de gobierno que sus partidarios y defensores en España nos presentan como buena para resolver los conflictos de la sociedad presente y extirpar el malestar de la clase obrera. Sin embargo, adelantaremos hoy algunas noticias que tienen bastante interés.

La agitación para llevar á cabo el planteamiento de la jornada de ocho horas en casi todas las industrias no cesa. Casi todas las organizaciones obreras se han puesto en movimiento, y no hay centro industrial alguno donde no tenga lugar diariamente un *meeting* para tratar de lo que afecta á la futura campaña.

Toda la prensa obrera, lo mismo los periódicos de las *Trades-Unions*—que pasan de 100—que los periódicos socialistas y los millares de manifiestos impresos en inglés, alemán, holandés, polaco, sueco, etc., etc., recomienda que á partir de 1.° de mayo próximo se exija en toda la República de los Estados Unidos la jornada de ocho horas de trabajo.

Los principales mantenedores de esta agitación son los *Caballeros del Trabajo*—organización poderosísima de resistencia, quizá la primera del mundo—los cuales tratan en estos instantes de atraer al movimiento á las obreras, á fin de que no sustituyan á los obreros cuando la gran huelga estalle. En el programa de los *Caballeros del Trabajo* se ha inscrito desde hace tiempo el principio de la igualdad de salario para hombres y mujeres. Cuando tuvo lugar la importante huelga de los empleados de uno y otro sexo de las oficinas telefónicas, dicha organización sostuvo la demanda de salario igual para todos los trabajadores, sin distinción de sexo. Las 1.500 obreras empleadas en Filadelfia en las manufacturas de alfombras pertenecen á la organización de los *Caballeros del Trabajo*. El año último sostuvieron éstos por espacio de más de cinco meses, hasta alcanzar el triunfo, la huelga de 2.200 obreras, empleadas en una fábrica de Jonkers.

En fin, los trabajadores americanos tienen grandísima confianza en alcanzar el próximo mes de mayo un completo triunfo.

ULTIMA HORA

El décimoquinto aniversario de la *Commune* de París ha sido celebrado anoche por el Partido Socialista Obrero de Madrid. Ha sido una fiesta digna del glorioso hecho que se conmemoraba por los importantes discursos pronunciados y por el entusiasmo que en ella ha reinado, y de la cual la falta de tiempo nos obliga á aplazar la reseña para la próxima semana.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20, Madrid.